

Las tertulias¹

Las tertulias representaron, a principios del siglo pasado, la mejor oportunidad para entablar relaciones, o simplemente charlar sobre los acontecimientos más resonantes de una ciudad y un país envueltos continuamente en conflictos bélicos.

Cada familia tenía su propia tertulia, y peleaba porque fuera la más trascendente de la sociedad. En la práctica, no eran más que reuniones nocturnas adornadas con bailes y música, que terminaban puntualmente a las once. Pero era la salida más importante a que podía aspirar un porteño de esa época. Y era el lugar adecuado para buscar matrimonio. Quizás por eso, la particularidad que más solían resaltar los extranjeros es que las mujeres eran el centro de la escena en cada residencia. “A veces está del dueño de casa, pero generalmente el padre y los hermanos concurren a otra tertulia o pasan el tiempo hablando de política en un café”, escribe Alexander Caldcleugh, un comerciante británico de paso por Buenos Aires en el 1820.

Una de las tertulias más famosas de esos tiempos fue la de Mariquita Sanchez de Thompson, conocida como “Madama Mandeville” luego de su segundo casamiento. Cuentan que durante nada menos que 60 años -hasta 1866- sus reuniones fueron el centro de atracción de “los notables” que se acercaban al país y de los criollos que deseaban hacerse ver.

Allí, en esa mansión ubicada en la calle Florida, a metros de la actual Perón, el general José de San Martín se paseaba con su novia adolescente, Remedios de Escalada, o departía con el entonces mayor Carlos María de Alvear sobre el diseño de los uniformes de Granaderos. Rivadavia, años después, justificaba ante la alta sociedad de la época sus actos de gobierno. El baile, como en toda reunión que se precie, servía de esparcimiento y para acercar a las futuras parejas. Dicen los cronistas de la época que la danza se acompañaba con acordes de piano, que solían tocar las señoritas de la casa. Para los que no incursionaban en la pista de baile, había licores, masas y budines. Pero las señoras -tal vez por una característica del espíritu hispano- no sólo se dedicaban a hablar de naderías con sus contertulios. También controlaban los movimientos de sus hijas. Y no precisamente sus pasos de baile...aunque, según certifica otro viajero inglés, “las damas se mueven con mucha gracia. En verdad, nunca dejan de ser encantadoras”.

La danza solía comenzar con el Cielito, seguido por un chasquido de dedos y las típicas figuras de ese baile. Lejos de las críticas que por el 1800 despertaba en los ambientes más moralistas de Europa, el vals cautivaba a los porteños de entonces, que lo aprovechaban en toda su voluptuosidad.

“Los porteños adoran el baile. En las horas de la noche, hijas, madres y abuelas se entregan a esta diversión con espíritu juvenil. Es un espectáculo edificante: la prueba de que la vejez no va siempre acompañada de tristeza”, describe un periodista británico en 1825.

Una de las jóvenes que tocaba con más habilidad, dicen, era Dominga Saavedra, la hija de Don Cornelio, el presidente de la Primera Junta de Gobierno. En el piano de Mariquita Sánchez, precisamente, se interpretó por primera vez en público el Himno Nacional, compuesto por Vicente López y Planes y Blas Parera. El interés de los criollos por la música ahora llamada “culta” generó, como consecuencia, una verdadera oportunidad para los maestros europeos, que podían vivir cómodamente dando clases. Y ya en tiempos del Consulado -antes de la Revolución de Mayo- se instaló un Conservatorio al que las chicas acudían, acompañadas por sus madres o esclavas, con el libro de música bajo el brazo.

¹ Tomado de: *La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires, 1800-1860*, Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, Buenos Aires, Eudeba, 1999 (2ª edic. 2001)

Con todo, las porteñas no eran mujeres de mucha cultura general. Aunque todos los cronistas coinciden en que tenían una forma de trato agradable que, en países más adelantados, podía considerarse fruto de una alta educación. En los bailes, por ejemplo, las damas se sentaban juntas.

Las reglas ordenaban que el caballero debía acercarse, si fuera posible con paso vacilante y tímido, para invitarlas al vals o al *minué*. Una trasgresión a esta costumbre podía ser muy mal vista por los contemporáneos. Eso sí, este acercamiento debía pulirse a lo largo de otras tertulias, para que la pareja fuera intimando. De tal manera, una relación conveniente culminaba en el pedido de mano de rigor para poder continuar. Pero como ese tipo de reuniones era tan habitual, no faltaba oportunidad para concretar el noviazgo.

Una tertulia muy concurrida era la de don Antonio Escalada pues en ella había muchas parejas para bailar la contradanza y el minué. Por un lado Remedios y su hermana Nieves, Encarnación, Trinidad y Mercedes María. Por el otro, el dueño de casa, su hijo mayor, el gallardo coronel Escalada, el menor, Mariano. El sexagenario don Antonio sacaba a bailar a dos o tres de las niñas más bonitas de la sala, una tras otra y con mucha gracia bailaba un minué. ¿De qué conversaban? Las modas de Europa, los acontecimientos políticos, luego será la marcha del ejercito revolucionario, etc.. Cuando el ejercito del Norte fue derrotado en Chile las calles y las tertulias estaban silenciosas, tristes.